



Eduard Miralles, Eduard Delgado y Alfons Martinell en la cena de clausura del Seminario 40 del CERC.
Lugar: Centre Cívic l'Artesà del barri de Gràcia, en Barcelona

UNA CONVERSACIÓN CON ALFONS MARTINELL

Eduard Miralles i Ventimilla

Tercer viernes de agosto al mediodía, con una lluvia más otoñal que veraniega en la sede de la Fundació Interarts en Barcelona, donde espero a Alfons Martinell (está llegando en transporte público desde Banyoles, lugar donde reside, y el mal tiempo le obliga a ser impuntual) para llevar a cabo este diálogo. La excusa del encuentro es que acaba de jubilarse como profesor en la Universidad de Girona, circunstancia que para los responsables de Periférica constituye no sólo una buena noticia por haber llegado a puerto sin perecer en el intento y en perfectas condiciones de salud mental y física, sino también un indicador de normalidad en un sector, el de la cultura, que por ser reciente tiene todavía muy pocos pensionistas. Mientras le espero pienso también que Alfons cuenta con una larga trayectoria de precursor (muy joven fue maestro, padre de familia, abuelo...) y que su retiro en el fondo no es sino una precocidad más. Pienso también en un montón de momentos compartidos, lo que quizás convierte esta entrevista en un falso diálogo para el que probablemente yo no sea el mejor situado...

LAS SIETE VIDAS DEL DR. MARTINELL

Alfons Martinell Sempere (Barcelona, 1948) fue el menor de los seis hijos de don Trifó Martinell i Campmany, propietario de una de aquellas academias privadas características de la Barcelona de los años cincuenta. Como don Trifó no tenía título oficial de magisterio (aunque, según reza su esquila mortuoria del 23 de marzo del 1972, era «mestre de vocació i de dedicació total», así, en catalán), empujó a alguno de sus hijos a sacárselo para garantizar la continuidad del negocio familiar: «Yo fui de la última promoción del Plan 50 de formación de maestros, una iniciativa destinada a paliar la falta de maestros en España. Entramos en la escuela normal para estudiar magisterio a la edad de 14-15 años, al acabar el bachillerato elemental, y éramos maestros en 3 años. Dada la situación socioeconómica en aquella época, algunos de mis hermanos mayores no pudieron estudiar, y yo mismo trabajé mientras estudiaba en el grupo nocturno. Siempre me interesó la educación. También me impliqué en el escoltisme (movimiento *scout*) y en las iniciativas de tiempo libre, por lo que la educación no me era indiferente».

Alfons, tu empezaste como maestro, pero a lo largo de tu trayectoria has sido otras muchas cosas: educador, animador, gestor cultural, académico, político, cooperante... ¿Entre todas estas etiquetas hay alguna con la que te sientas más cómodo que con las demás?

Algo que ha inspirado toda mi trayectoria ha sido entender la educación en un sentido muy amplio, lo que yo aprendí casi clandestinamente del concepto de educación proviene de los tiempos de la Mancomunitat y la República, aquella educación integral que incluía a la cultura y el ocio. La carrera en la escuela normal fue horrible. El Plan 50 era un plan ideológico. La psicología era una materia prohibida, estudiábamos filosofía. Recuerdo a un profesor, un religioso, que nos decía que fuéramos a la biblioteca y que en segunda línea, tras los libros de filosofía, encontraríamos ocultos los de psicología evolutiva. Durante un mes recibíamos instrucción paramilitar en la Falange. Aprendíamos caligrafía. Puedo decir que mi educación fue pésima [en otras ocasiones le he oído lamentarse de lo mal que le enseñaron a expresarse por escrito]. Tanto en la escuela normal como en el instituto, fue horrible.

¿Crees que estos déficits se compensaban mediante tus prácticas en otros ámbitos, como el escoltisme o el tiempo libre?

Sin duda. Mi escuela social fue el movimiento del escoltisme de la iglesia y organizaciones pedagógicas como Rosa Sensat, a mediados de los años sesenta. Mi concepto de la educación no es escolar, yo fui maestro de escuela durante muy pocos años, sino de educación en el tiempo libre. Para nosotros, y estoy hablando de Eduard Delgado, Joaquim Franch, Roser Batllori, Lluís Tarín... que coincidimos en la Escola de l'Esplai, aunque no conocíamos todavía a Paulo Freire, la educación era el camino de la liberación. Una herramienta revolucionaria. Ser educador era ser un militante del cambio. En la educación encontrábamos la base conceptual, el hilo conductor de una acción política y de una acción de cambio social. Esta era nuestra militancia política. Teníamos contactos con algunas organizaciones como el PSUC, ciertos sectores anarquistas clandestinos muy poco organizados, con aquella expresión del anarquismo que se da a través de la contracultura y el mayo del 68, no tanto como una revolución política sino de conceptos como la libertad, la creatividad... que hoy en día siguen siendo vigentes. Todo aquello del prohibido prohibir, tan cercano a los movimientos sociales de ahora. Nuestra militancia no pasó por la política convencional, sino por considerar la educación como una herramienta política.

En un segundo momento de tu trayectoria, coincidiendo con los primeros años del post-franquismo y de la transición, te incorporas a un proyecto que también es educativo pero que posee una indiscutible dimensión social: la desinstitucionalización de los menores recluidos en asilos e internados.

Paso el curso 72-73 en la escuela Lavínia, una escuela de clase media-alta, haciendo de maestro progre, pero no me encuentro del todo a gusto. Y en el año 1973 tengo conocimiento de la existencia de un centro de protección de menores en Lliçà de Vall, la colonia Santa María del Vallès, una finca agrícola de 75 hectáreas con 60 niños viviendo en su interior, propiedad de la Obra Tutelar Agraria fundada en su día por Ramon Albó, antiguo presidente del Tribunal Tutelar de Menores. El lugar me hizo pensar en el Poema Pedagógico de Makarenko. Les faltaba un maestro, me presenté, y con Teresa y mi hijo nos fuimos a vivir a la colonia. En

esta institución desarrollamos todo un programa educativo, comunitario y de inserción laboral. Aunque seguía vinculado a los movimientos de tiempo libre, allí dentro hicimos una pequeña revolución, poniendo en práctica con niños con problemas sociales muy graves muchas de las teorías sobre la escuela abierta en las que creíamos. La situación de los centros de menores en aquellos años, entre 1975 y 1977, era muy deprimente y se generó un movimiento de denuncia muy importante, que comienza por el centro de Wad-Ras y la residencia Albada, entre otros. En connivencia con la prensa de la época los educadores empezamos a denunciar hechos como la existencia de celdas de castigo en lugares de Protección de Menores como Wad-Ras. A partir del año 1976 los educadores vamos siendo despedidos, entre juicios y situaciones conflictivas, y en ese mismo momento entramos a trabajar en el Ayuntamiento de Barcelona, siendo alcalde Josep M^a Socías Humbert. El Ayuntamiento de Barcelona tenía tres internados, dos en la Zona Franca, uno de niños y otro de niñas, y el de la Ciudad de los Muchachos en l'Arrabassada, con casi 600 niños. Allí se inicia un movimiento dirigido por la Asociación de Vecinos de la Zona Franca, con Basilio González y M^a. Teresa Codina al frente, sobre la necesidad de abrir aquellos asilos, y el alcalde nos escucha. Entonces formamos un equipo desde el Centre de Formació d'Educadors Especialitzats de Barcelona que desmonta los asilos y se crean los colectivos infantiles (comunidades de vida) en distintos barrios de la ciudad.

Algún día, tanto en Barcelona como en otras ciudades españolas, habrá que explicar cómo fueron aquellos extraños años entre la muerte de Franco y las primeras elecciones municipales democráticas, durante los cuales algunos alcaldes carismáticos acometen reformas sociales, urbanísticas e incluso culturales difíciles de creer hoy en día...

Socías Humbert fue un alcalde de una talla política impresionante y se la jugó pactando con los movimientos sociales de la ciudad, aún a sabiendas de que el aparato político municipal era todavía el del franquismo. Y ahí es donde comenzamos a trabajar como educadores sociales. Pero para mí todo formaba parte de lo mismo: la educación en el tiempo libre, la educación social... Se trataba de una educación abierta, superadora de la educación escolar, que conecta con la *scuola a tempo pieno* de los ayuntamientos del norte de Italia, con el cambio en ciudades como las de Reggio Emilia, Turín, Bolonia... Estábamos en aquel movimiento y es entonces cuando empezamos a conectar con Europa, con movimientos como el de la animación sociocultural, de raíz franco-belga, y ese cúmulo de ensayos deriva en movimientos como el de la gestión cultural, tal como nosotros la entendimos, que no era la gestión de los equipamientos e instituciones culturales, sino la gestión de la vida cultural.

¿En qué momento se produce un nuevo cambio de vida, de trabajo y de ciudad, y te incorporas a construir el área de cultura y educación del Ayuntamiento de Girona, empujando una nueva etapa personal y profesional?

En 1979, cuando llevaba ya tres años trabajando en el Ayuntamiento de Barcelona con el tema de los colectivos infantiles, me traslado a vivir a Girona como consecuencia de una de-

cisión personal de tipo familiar. Teresa y yo teníamos dos hijos, eran pequeños, y no nos gustaba que se educaran en una gran ciudad. Aunque soy barcelonés, siempre había querido vivir en el campo. Queríamos vivir de otra forma y un año antes de que los colectivos infantiles entren en crisis nos trasladamos primero a Crespità y luego a Banyotes. Pero insisto que la decisión fue por razones personales. Al llegar a Girona hice algunos trabajos en el campo de la marginación social, pero a finales del 1979 o comienzos del 1980 entro en contacto con el Ayuntamiento de Girona (las primeras elecciones municipales democráticas habían sido en abril del 1979). Había un teniente de alcalde de educación y cultura, Antoni Domènech, que provenía del movimiento de renovación pedagógica, con el que tenía una afinidad de principios, y me pide que le ayude a organizar el área. Empecé de manera provisional, después tuve un contrato de 20 horas, y así me involucro progresivamente, llegando a trabajar allí durante 13 años, hasta el 1992. En Girona vuelven a plantearse temas como el de la educación abierta, la necesidad de romper el muro del asilo o la escuela, abrir la escuela a la ciudad, poner la ciudad al servicio de la escuela... lo que más tarde se conocerá como ciudad educadora. Trabajar sobre la ciudad como un todo supone cuestionar la noción de departamentalidad y ensayar iniciativas transversales. Yo me ocupaba de temas de juventud, educación, cultura... y entendimos que si las instituciones culturales, por ejemplo, no cuentan con un servicio pedagógico, difícilmente podrán asumir el mandato de abrirse a la ciudad. También empezamos a abordar temas como la fiesta y su relación con el espacio público como expresión de la democracia, buscando su sentido educativo, y caemos en la cuenta de que nadie se preocupa de la gestión de la cultura. Existen museos, bibliotecas, etc., pero sin un proyecto global, y es entonces cuando emprendemos el proyecto de educación y cultura. Mi plaza de funcionario en el ayuntamiento será de técnico superior de administración especial en educación y cultura. Por otra parte, comenzamos a ver que la educación en el tiempo libre o la animación sociocultural dan mucho de sí, pero que también es necesario que alguien se ocupe de los asuntos de cultura.

Mi recuerdo del equipo inicial del Ayuntamiento de Girona, con Joaquim Franch, Rosa M^a Picamal, Pere Madrenys, Antoni Domènech, contigo, es un poco el de un *dream team*. ¿Crees que fue un buen equipo?

Cuando empezamos yo estaba solo. Pero fuimos incorporando gente de manera progresiva. Yo tenía una fuerte amistad con Joaquim Franch, que trabajaba en el Área de Juventud del Ayuntamiento de Barcelona, dirigiendo el Institut Municipal d'Animació i Esplai (IMAE) con Enric Truñó como concejal. Con Quim nos conocíamos desde los tiempos de la Escola de l'Esplai. En nuestras conversaciones solía decir que Barcelona era demasiado grande para poder hacer ciertas cosas. Quim, que tenía una gran visión, mucha capacidad e inteligencia, vio que en Girona las cosas se podían tener bajo control y que era mucho más fácil, por dimensión, trabajar a caballo de juventud, educación y cultura. Y ni corto ni perezoso en el año 1981 se ofrece para trabajar en el Ayuntamiento de Girona. Anima a su familia y se traslada a vivir aquí. Los del Área de Juventud de Barcelona se enfadan porque los abandona. Y en Girona creamos aquel equipo que lo llevaba todo entre todos, con un planteamiento integral,

y lo cierto es que trabajamos mucho y conseguimos grandes cambios, en la institución y en la ciudad. Fue un momento muy positivo y muy creativo, con una enorme visión sobre las circunstancias. Para Quim, Girona era lo que hoy denominaríamos un laboratorio, con un gran apoyo político y la capacidad de controlar múltiples variables. Fueron unos años magníficos, doce años de continuidad técnica y política, lo que te permite consolidar iniciativas, algunas de las cuales todavía siguen en pie. La ciudad estaba haciendo un cambio importante, con una política municipal constante, y los resultados de la transformación bajo la dirección del alcalde Joaquim Nadal son evidentes. (Joaquim Franch muere súbitamente en julio de 1987). Defendíamos, por ejemplo, que la educación primaria pasara a ser una competencia municipal, porque la considerábamos una competencia básica. Y aquí hubo una reacción en contra, especialmente por parte de una Generalitat recién constituida y muy celosa de sus competencias como gobierno, pero también por parte del PSC y otros partidos.

Trasladémonos a otra dimensión de tu trayectoria, tu interés y dedicación por la formación de animadores socioculturales y gestores culturales, desde una percepción constante a lo largo de tu quehacer basada en la consideración de la relación entre ambas disciplinas no desde el enfrentamiento, como han pretendido algunos, sino desde la complementariedad...

Nosotros habíamos construido un referente basado en la concepción de la educación como la realización de todas las potencialidades desde la máxima autonomía. Algo que procedía de las teorías humanísticas de Freinet, Carl Rogers, etc., y el desarrollo dinámico de la personalidad. Aunque en aquel tiempo lo ignorábamos, esta concepción estaba fuertemente vinculada a la cuestión de los derechos fundamentales, así como al principio del derecho a escoger libremente aquello que queremos ser, hacer, etc., para lo que no basta la educación escolar, sino que también se precisa la educación informal, la no formal, la educación especial cuando alguien tiene dificultades y, en definitiva, la educación cultural, es decir, la formación en los distintos códigos y lenguajes necesarios para la supervivencia en sociedad. Quim Franch hizo un trabajo, hoy día extraviado, cuando la famosa editorial Casals elabora los primeros manuales escolares, incorporando unas fichas de lectura de la imagen en los libros de lengua. En el fondo, estábamos afirmando la coexistencia de otros lenguajes junto al lenguaje oral, lo que nos llevó a hablar del arte y de otras disciplinas... Nuestra convicción residía, por otra parte, en la formación como motor de cambio. Lo que aprendíamos en Girona en un momento dado, al cabo de pocas semanas lo estábamos explicando a la gente de otros lugares, en forma de seminarios, talleres o encuentros. En el fondo, nos dedicábamos a la transferencia de la propia práctica a otra gente que estaba empezando. La única diferencia es que nosotros llevábamos algo de ventaja, por el hecho de ser de un lugar pequeño, donde era posible trabajar como en un laboratorio, así como la ventaja de haber empezado algo antes. De este modo fuimos generando una forma de réplica, no de un modelo inmutable, sino con una fuerte conciencia crítica, de una idea de ciudad y de una manera de actuar, sin el fraccionamiento existente en otras ciudades, como en Barcelona, en buena medida debido a la cohabitación de dos ideas, la del PSUC y la del PSC, al frente de unas mismas políticas. En

España, por ejemplo, el modelo de muchos ayuntamientos gobernados por la izquierda fue el modelo de las Universidades Populares, de raíz netamente educativa, basado en la noción de educación permanente de los trabajadores trasladada desde las socialdemocracias centroeuropeas. Una tradición que no se instaura en Cataluña, entre otras cosas porque cuando Eduard Delgado es invitado a diseñar el modelo de los centros cívicos en Barcelona incorpora otra tradición, de matriz anglosajona, mucho más orientada hacia el diálogo entre las artes y la comunidad, y no en la educación de la clase trabajadora. De ahí que en Cataluña no hayan existido nunca Universidades Populares, también como consecuencia de la tradición asociativa catalana y de una manera de concebir el tiempo libre que en otros lugares era inexistente: en Cataluña el escoltisme era muy fuerte y tenía un enorme compromiso con el país, con lo social, etc. Yo, por ejemplo, supe lo que era un sindicato, o un partido político, en una agrupación escolta en los bajos de una parroquia. Se trataba de unos movimientos que hacían posible la socialización. Si entrabas en tales movimientos tenías una información que no tenías si no entrabas. El caso es que en aquel momento, con Quim, Eduard y compañía, hacíamos dos cosas a un tiempo: como en las escuelas de negocios, gestionábamos y formábamos. Nuestro modelo, en aquel momento histórico, era el de la gente que posee una práctica y se dedica a dar clases a otros que no tienen experiencia. Un modelo de eficacia contrastada. El discurso de la gestión cultural surge de un planteamiento: políticamente, la animación sociocultural era un movimiento de liberación, un movimiento social. La animación sociocultural, importada desde Francia, nos llega aquí como un movimiento pensado para movilizar a la ciudadanía, las asociaciones de vecinos, los jóvenes... Pero a partir de 1980 dejamos de ser activistas y aceptamos el encargo de trabajar desde una administración y una institucionalidad pública. Cuando nos contrataba un ayuntamiento podíamos incurrir en la contradicción de estar gestionando algo público con un código de la sociedad civil. Algo que es posible que vuelva a suceder si ciertos movimientos sociales de hoy en día llegan a asumir determinadas responsabilidades institucionales. Podríamos decir que, en cierto modo, nosotros usurpamos el lenguaje de la sociedad civil para utilizarlo en la administración, pero aquello no funcionaba.

Vimos también que, especialmente en ciudades como Barcelona, para llevar a cabo la gestión de iniciativas educativas y culturales, se necesitaban profesionales, y no militantes. O en el mejor de los casos profesionales procedentes de la militancia. Según la tesis doctoral de Pilar Casas, a lo largo de los años ochenta en España se crearon 10.000 lugares de trabajo en el sector público relacionados con estos temas.

Nosotros teníamos un encargo por parte de la institución que no estaba definido. Parte de nuestro trabajo era definirlo nosotros mismos, sin un marco de referencia formalizado. Entonces surge un problema, y es que ni la educación en el tiempo libre ni la animación sociocultural sirven para esta nueva tarea que nacía. Una circunstancia que se evidencia en el diseño del primer programa de gran formato, de tres años y mil horas, para la formación de animadores socioculturales que Quim y yo diseñamos para el IMAE de Barcelona, siendo ya Toni Puig su director. Franch había estudiado en ESADE antes de estudiar pedagogía, y cuando elaboramos el programa y detectamos cuáles eran las competencias necesarias para

aquellos profesionales caemos en la cuenta que necesitan saber gestionar un presupuesto y muchas otras cosas. Al plantear esta necesidad, tanto el colectivo de alumnos como la propia institución se nos sublevan. Todo ello en un contexto en el que desde los ayuntamientos hay que contratar gente, crear plazas, etc., con unas competencias, las de la gestión cultural, inexistentes en el mercado. En un histórico encuentro sobre formación propiciado por el Ministerio de Cultura (celebrado en Benicàssim en el año 1983) se constata la existencia de cuatro niveles: el monitor voluntario, el director de actividades de tiempo libre, el animador sociocultural como alguien que puede ser profesional o no, pero en cualquier caso orientado a la dinamización de la comunidad, y un cuarto nivel de técnicos especialistas en gestión cultural. Todo esto coincide con la convocatoria de la primera edición de Interacció (septiembre de 1984), la publicación por parte de UNESCO de un libro sobre formación de administradores culturales –*La formation des administrateurs culturels*, coordinado por Pierre Moulinier– aquel mismo año, aunque para UNESCO la palabra significa dirección, en el sentido del *management*, mientras que para nosotros la administración evoca más la conducción mecánica de procedimientos en burocracia. Por otra parte, en Girona habíamos estado trabajando en la diferenciación de las funciones políticas y técnicas para conseguir definir nuestros propios perfiles, y dentro de lo técnico diferenciábamos entre la administración y la gestión, separando la toma de decisiones de la tramitación administrativa. Es entonces cuando empezamos a usar el concepto de gestión cultural diferenciándolo de la cultura entendida como el fomento de la participación de la comunidad, algo que no tiene sentido desde una posición de funcionario, que no tiene nada que ver con la militancia.

Ello no obstante, la bronca, para muchos deliberada y tendenciosa, entre gestión y animación duró mucho tiempo en nuestro país, quizás demasiado, sin aportar ningún resultado destacable...

Efectivamente. La gestión cultural siguió adelante porque era fruto de un proceso clarísimo, consecuencia de un nuevo encargo social, y la animación sociocultural, que tenía un valor enorme como trabajo comunitario, se abandonó, porque no le interesó a nadie fomentar el trabajo comunitario, que es una de las nociones anglosajonas que Eduard Delgado incorporó a su vuelta de Inglaterra. Este hecho se une a un par de factores más: el paulatino abandono de lo comunitario por parte de los trabajadores sociales, que se encierran en el despacho, individualizan sus abordajes y dejan de hacer trabajo comunitario, y el insuficiente trabajo comunitario en otros sectores como el de la salud mental. La institucionalidad ahogó el trabajo comunitario. En cambio hoy en día, con el resurgir de los movimientos sociales, se observa un cierto retorno a la comunidad. La sociedad civil podría estar haciendo socio-cultura con el dinero público. El Ateneu Popular de 9 Barris en Barcelona sería un buen ejemplo en este sentido. Dicho en otras palabras, el enfoque comunitario es un enfoque orientado a los derechos, y eso es algo que se abandonó desde las instituciones. Como botón de muestra cabe mencionar el trabajo de Interarts llevado a cabo entre los años 2000 y 2002 sobre la carta de derechos y compromisos culturales de la ciudad de Barcelona, algo interesantísimo, aprobado incluso por el Plenario Municipal, que se abandonó y se olvidó.

En un momento dado, Alfons Martinell emprende un verdadero *sprint* universitario: recuperas tus estudios, te especializas, escribes y lees tu tesis doctoral, abandonas el Ayuntamiento de Girona, accedes a una plaza de profesor titular de universidad...

Durante la segunda mitad de la década de los ochenta el crecimiento de la demanda de formación en materia de animación y gestión cultural fue muy alta. Por lo tanto, se hizo un esfuerzo importante para ofrecer formación, en el que destaca la labor del Centre d'Estudis i Recursos Culturals (CERC) de la Diputación de Barcelona (fundado a finales del 1986). Esta formación se llevaba a cabo desde lo profesional, pero también era necesaria una presencia académica. Por ejemplo, el primer máster y postgrado universitarios (1989) impulsados desde el CERC en convenio con la Universidad de Barcelona, nace de un grupo de profesionales (no universitarios) y el papel de los académicos es residual. El rector Josep M^a Bricall y la Dra. Encarna Roca (en aquél entonces secretaria general de la Universidad de Barcelona y hoy día magistrada del Tribunal Constitucional) atienden la solicitud de la Diputación de Barcelona porque valoran que este sector es importante y asumen la apuesta, dejando la organización de la titulación en manos de los profesionales y nombrando a un profesor asociado como enlace. El proyecto se llevaba en equipo, había un colectivo de profesionales que diseñaba los cursos y a la hora de firmar los trámites académicos y los títulos había alguien que lo hacía en nombre de la universidad. Este es para mí un momento importantísimo, porque yo descubro la existencia de un déficit académico, y me digo que no hay ningún académico al frente, porque ninguna de las disciplinas cercanas, ni la antropología, ni la sociología, se acababa de interesar realmente por la gestión cultural. Estos cursos estaban adscritos al departamento de Hacienda Pública por la sencilla razón de que se trataba del departamento del rector Bricall. Creo que es fundamental reconocer que la existencia de formación en gestión cultural en las universidades españolas nace del impulso del sector profesional. Y esto muchas veces no se hace suficientemente.

En aquel momento en Girona hay un clima muy propicio para poner en marcha una nueva universidad (la Universidad de Girona se crea en el año 1992) y entonces comienza a gestarse un estado de opinión favorable para incorporar a la nueva universidad el bagaje de la educación social, la formación en gestión cultural que veníamos impartiendo. Entonces es cuando me tomo en serio el tema y me tiro a la piscina para entrar en la universidad. Comienzo como profesor asociado, a tiempo parcial, en el año 1989 y en el año 1992, cuando se crea la Universidad de Girona, dejo el ayuntamiento y me incorporo, haciendo la carrera universitaria que se me reclama con el propósito de introducir en ella estos temas desde la convicción de que si no llevábamos a la universidad toda la experiencia generada desde lo profesional corría el riesgo de perderse. Así fue como se inició, con todos los pros y contras, mi vida universitaria en Girona.

También resulta significativo que a lo largo de los años noventa comienzas a tener una presencia importante en un nuevo ámbito, el de la cooperación...

Creo que el culpable de todo esto es el CERC, que para mí y otras personas fue el centro neurálgico del cambio en cultura en Cataluña. Y que una de las grandes insuficiencias históricas en nuestro país sobre el tema es que tanto el Ayuntamiento de Barcelona como la Generalitat de Cataluña han tenido y siguen teniendo la miopía de no haber potenciado el CERC como el gran referente de la gestión cultural en Cataluña, en España y en Europa. El CERC fue un lugar de encuentro. Mucha gente iba al CERC a la búsqueda de su identidad: ¿Quién soy? ¿Qué puedo hacer? Se trataba de un punto de referencia importantísimo. El lugar donde se gestaron los cursos de larga duración, el primer máster y el primer postgrado universitarios, encuentros... En el año 1990 es en el CERC donde se pone la primera piedra de ENCATC (la red europea de centros de formación de gestores culturales) como una secuela del programa sobre Cultura y Regiones del Consejo de Europa... Gracias tanto a la visión de Eduard Delgado como a su atractivo y capacidad de confluencia logró romper el aislamiento de los gestores culturales, convirtiéndose en un lugar de referencia. Pero fue también un lugar de encuentro. España acababa de entrar en la Unión Europea. Aquí nadie tenía ni idea de lo que era Europa y quien hizo más por la causa fue el CERC. Descubrimos lo que era Europa porque su director, Eduard Delgado, a través de sus contactos, hacía que gente de UNESCO, del Consejo de Europa, etc. pasara por Barcelona. Este núcleo fue de una gran riqueza intelectual, y sólo un país ignorante como el nuestro puede ser capaz de desaprovechar esta circunstancia y no darle el reconocimiento que merece. Y es en este contexto que nos damos cuenta de que la cooperación interlocal y temas como el de cultura y región no tenían ningún sentido si un territorio o una ciudad no estaban situados en un ámbito más amplio. Cuando una ciudad quería participar en un proyecto europeo tenía que tener tres, cuatro o cinco socios de otros países. Entonces es cuando descubrimos la importancia de que los gestores cuenten con una agenda internacional, y que la cooperación cultural europea no pasa por la cooperación entre estados, sino por los niveles locales y regionales. Esta fue la gran visión del CERC, que nos hizo situar en la agenda europea, y de inmediato se dio el salto a la agenda internacional, cuando empezaron a pasar por sus salas personas de otros continentes que querían saber, compartir, que buscaban cosas... Porque en el fondo la mejor manera de reforzar lo local es trabajar para su ubicación a escala internacional, un mensaje muy actual. Hay dos o tres ideas importantes al respecto: el tránsito de la gestión cultural a la transferencia mediante la formación; y de la gestión a la creación de una comunidad «científica», académica, que reflexiona, y una comunidad de profesionales; finalmente, la gestión confrontada con terceros a escala internacional. Porque si no comparas tu modelo de gestión no se crea conocimiento. Nunca utilizamos el modelo de la gestión comparada, pero el CERC era un espacio de comparación. Una forma de crear conocimiento. Aquello que caracteriza al CERC y a iniciativas como Interacció es que crean espacios para prácticas de cooperación y comparación. Sin duda un gran activo intelectual, a pesar de que iba mucho más deprisa que las circunstancias del país. De ahí que pronto empezemos a constatar un cierto boicot al potencial del CERC por parte de las instituciones, tanto del gobierno de la ciudad como del gobierno de la Generalitat o el Ministerio de Cultura. La Diputación lo mantuvo mientras conservó un cierto espíritu, haciendo una tarea de país como había hecho la Mancomunitat décadas atrás. Hay políticas que se sustentan sobre la tradición y la ignorancia, mientras que

otras lo hacen sobre la innovación y el conocimiento. Y en el caso del CERC se optó más por lo primero que por lo segundo. Así pues, en lugar de tener en Barcelona un centro neurálgico de pensamiento, no lo tenemos, pero tampoco hay nada que lo sustituya.

Alfons, ¿qué es lo que te sucede en el año 2004?

Para hablar del año 2004 primero hay que pasar por Interarts. Una de las concreciones del relativo fracaso a la hora de crear en Barcelona un centro neurálgico sobre estos temas es la decisión del Consejo de Europa de establecer un Observatorio Europeo de Políticas Culturales Urbanas y Regionales en el año 1995, decisión que a pesar de contar con el apoyo de las instituciones locales (Generalitat, Diputación y Ayuntamiento) no contó con la aprobación del Ministerio de Cultura (estamos hablando de los últimos momentos de Felipe González en el gobierno, con Carmen Alborch como ministra del ramo). Por lo tanto, aquel observatorio que Eduard Delgado había cocinado en Estrasburgo para que se instalara en Barcelona es sustituido por una fórmula de reemplazo. Entonces Eduard y yo como personas visibles decidimos crear el observatorio desde la sociedad civil y fundamos la asociación Interarts, que en el año 2000 se convertirá en fundación, con el apoyo de las instituciones catalanas y a la espera de tiempos mejores. Interarts tiene su propia historia, yo soy presidente de la asociación primero y más tarde de la fundación desde el año 1995 hasta el 2004, y ahí sí se produce un cambio de perspectiva, apostando por la cooperación internacional, la formación y la investigación sobre estos temas, e Interarts se convierte en un núcleo importante de pensamiento y reflexión, centrado básicamente en la conceptualización sobre la importancia de la cooperación cultural.

Interarts, más que un observatorio, acaba siendo un laboratorio, marcado fuertemente por la personalidad de su director, Eduard Delgado. Desafortunadamente, y como en toda institución donde el efecto personalidad de su responsable es decisivo, a partir del año 2002 la enfermedad de Eduard resta capacidad de acción al proyecto. Yo estuve a su lado, más orientado hacia iniciativas que tenían que ver con América Latina, pero el inspirador e ideólogo era él, y esta circunstancia complica la trayectoria de Interarts hasta su muerte en febrero del 2004. Esto coincide con un gobierno muy duro del Partido Popular en el período 2002-2004, una política de mayoría absoluta similar a la actual, de enorme agresividad, y una conflictividad social muy elevada, de tal manera que se va gestando un ambiente propenso al cambio. En marzo del año 2004, cuando contra todo pronóstico el PSOE gana las elecciones tras el 11-M, para mi sorpresa soy llamado a incorporarme al gobierno para intentar cambiar la política de cooperación cultural. Hablo con Leire Pajín, la Secretaria de Estado de Cooperación, declino su invitación por tres veces consecutivas, pero ella insiste. No nos conocíamos mucho, pero habíamos coincidido en unas jornadas sobre interculturalidad convocadas por el PSOE en las que yo, como presidente de Interarts, acompañé a Jesús Martín Barbero, y ella había leído algunos textos míos sobre la cooperación cultural en Iberoamérica. Tras algunas conversaciones logra convencerme por dos razones: la primera es que yo le digo que a mí lo de ir a Madrid y tener un cargo no me atrae en absoluto, que ya tengo mi vida y también una cierta edad como para plantearme determinadas aventuras; le pregunto si realmente

está dispuesta a llevar a cabo una nueva política y ella me contesta rotundamente que sí, que tanto ella como el ministro Moratinos quieren cambiar la política de cooperación cultural. Desde la oposición fueron muy críticos con la política de relaciones culturales que tuvo el gobierno del PP y manifestaban una fuerte voluntad de cambio. La segunda razón que terminó de convencerme fue que cuando le dije que mi propósito no era hacer gestión, en el sentido literal de la palabra, sino formular políticas, me aseguró que tenía a otros muchos candidatos para el cargo de Director General de Relaciones Culturales y Científicas en la AECID, pero que me prefería por esta razón. Mi primer compromiso fue por dos años. Al tomar posesión del cargo nos encontramos con un panorama estremecedor (creo que una de las mejores cosas que hizo el primer gobierno de Zapatero fue ponerse a trabajar sin denunciar nada de la situación heredada, siendo muy positivos e intentando tirar hacia adelante) y desde el principio tuve claro que lo que a mí me interesaba era la posibilidad de definir una política. Como se trataba de algo que yo ya había hecho en el Ayuntamiento de Girona, intenté trabajar desde la tranquilidad de saber que para mí, ni política ni personalmente, el éxito del intento no constituía nada vital. Nos pusimos manos a la obra, creé un equipo, lo pasé bastante mal durante los primeros cuatro o cinco meses porque yo no era de la casa, ni diplomático, ni funcionario del estado, ni tan siquiera de Madrid, ni del partido... No conocía ni la corte ni la estructura del estado. Yo siempre me he definido como socialista de ideología, pero no de partido, ni del PSOE ni del PSC, soy alguien que acepta una socialdemocracia en un entorno europeo como una fórmula de mejora y progreso social, aunque probablemente sea algo más radical. Parece que a los del PSC mi nombramiento no les sentó demasiado bien, probablemente porque no habían sido consultados, aunque mi impresión es que a mí me habían reclutado más bien como técnico.

Jaime Gil de Biedma solía decir que Madrid era un real sitio. ¿Cómo se puede sobrevivir en una situación así no siendo ni diplomático, ni funcionario, ni madrileño, ni socialista de carné?

Trabajando mucho. Mi recuerdo de Madrid es haber trabajado intensamente. Con mucha insistencia, con constancia, paso a paso, algo que aprendí en el ayuntamiento, e intentando construir un discurso. Lo importante era demostrar que no podía haber una política si no había un discurso, y este discurso no podía ser el del programa electoral, sino un discurso interno. Aunque en un principio me costaba moverme por los pasillos del Ministerio de Asuntos Exteriores y los diplomáticos me veían como a un advenedizo, poco a poco fui encontrando mi lugar. No sé si lo hice bien o mal, lo cierto es que los miembros del cuerpo diplomático reconocieron progresivamente mi figura y yo enfoqué mi tarea desde la profesionalidad y desde la política. Tenía un encargo político muy claro y llevé a cabo dicho encargo en la medida de lo posible a lo largo de cuatro años.

Si tuvieras que resumir tu aportación a esta nueva idea de la cooperación cultural, ¿cuáles serían los titulares fundamentales?

Lo más importante, teniendo en cuenta que esta dirección general ya dependía de la AECID desde tiempos de Aznar, quizás sea haber situado a la cultura en la agenda de la cooperación al desarrollo. Lo segundo más importante fue intentar que la acción cultural exterior tuviera un poco más de rigor técnico, en términos de gestión cultural. En principio un diplomático, por el mero hecho de serlo, no está capacitado para la gestión cultural, aunque algunos sean buenos gestores culturales. Lo tercero sería haber contribuido a la conceptualización de algunas cosas: por ejemplo, la diferencia entre la acción o promoción cultural exterior y la cooperación cultural, que es el reconocimiento del otro, o la cultura considerada como herramienta para el desarrollo, o la presencia de la cultura en la multilateralidad. Y lo cuarto, para mí de mucha importancia, fue poner orden a los datos y mostrarlos con transparencia. Se pueden leer las memorias de la Dirección General de los años 2005, 2006 y 2007 (porque nunca más se han vuelto a elaborar) y encontraremos datos de todo lo que se hizo. Cada cual gestiona aquello que un contexto determinado le presenta, y sin duda ahí incide la coyuntura socioeconómica, pero lo cierto es que las mejores aportaciones desde la cultura hacia la multilateralidad son de aquella época, la estrategia de cultura y desarrollo de la cooperación española es de 2006, el único plan y sistema de programación de la acción cultural exterior se inicia en este periodo... Nunca las embajadas tuvieron tantos recursos para la cultura como en aquella época. Está también el tema de la cooperación cultural, es decir, entender que teníamos que ayudar a otras culturas para que se reconocieran en la nuestra. Todo esto se ha ido desarmando, sustituyéndose por un concepto que yo considero erróneo, el de la diplomacia cultural, que en realidad no es nada. En conclusión, yo creo que, acertada o no, sí que hubo una política.

¿Existe alguna razón, aparte de las personales y de tu compromiso con fecha de caducidad, por la que decidieras no continuar en el cargo durante la siguiente legislatura?

No. Fue algo personal. Para mí aquello era una etapa. Quizás sean mejor 8 años, pero 4 son una buena etapa. Me insistieron para que continuara, me ofrecieron otras responsabilidades en el gobierno. Estoy muy agradecido a Zapatero, a Moratinos y a Leire Pajín por haberme dado esta posibilidad, yo colaboré con el gobierno cuando se me solicitó, pero tenía 60 años y consideraba que mi opción era concluir la vida laboral en Girona, en mi universidad.

¿Cuál es tu opinión sobre esta especie de desprestigio sistemático, casi peyorativo, que se ha acabado instalando en la opinión pública respecto a Zapatero y sus equipos?

Sólo puedo juzgar por los 4 años que estuve con ellos. Y debo decir que tengo un gran respeto por aquellos políticos. Creo que fueron honrados, que trabajaron de acuerdo con un proyecto político y que las propuestas políticas que yo les pude hacer las aceptaron cuando fueron razonables. Les profeso un gran agradecimiento y un profundo reconocimiento y considero muy injusto el trato que se le dispensa al presidente Zapatero, tanto por parte de su propio partido como por parte de la oposición. La oposición quiso desgastarle de forma zafia y sistemática, y posiblemente en la segunda legislatura cometió errores. También fue per-

diendo peso específico e inteligencia, en términos políticos. Pero en mi época el gobierno funcionaba, e intentaba hacer lo máximo posible con los recursos disponibles. ¿O es que nadie está dispuesto a reconocerle, a pesar de los pesares, la ley de dependencia, los derechos sociales, el matrimonio gay, etc.? Los errores de una legislatura se pagan en las elecciones siguientes, pero la historia algún día debe hacer justicia. En cooperación al desarrollo, ¿cuándo se habían hecho planes estratégicos y ordenación de las intervenciones? Y eso es algo que queda para la historia. Entre otras cosas porque los gobiernos posteriores han sido ágrafos.

Cerramos el ciclo, Alfons, con tu retorno a Girona y la cátedra UNESCO de políticas culturales y cooperación...

Al volver de Madrid tengo 60 años, sé que me quedan 4 años de vida laboral y me apetece reintegrarme al trabajo de la cátedra de manera prácticamente exclusiva. Incluso desde la Fundación Interarts, de la que hube de dimitir como presidente por incompatibilidad en el año 2004, cuando en el año 2008 me solicitan que me reincorpore a la presidencia, considero que aquello ya pasó, que fue una etapa, y a mí las etapas me gusta cerrarlas. También sucede que mi etapa en Interarts estuvo muy vinculada emocionalmente a Eduard Delgado, que para mí fue un amigo del alma. El caso es que decido consagrarme a la cátedra, creo que puedo aportar todo mi bagaje sobre cultura y desarrollo y me apetece desarrollar este trabajo académico y de investigación. También mi ilusión, aunque no lo haya conseguido y ello suponga para mí un motivo de frustración, es ver si en estos cuatro o cinco años puedo dejar consolidado un equipo, impulsar algunas tesis doctorales y crear una comunidad de conocimiento, esta era mi preocupación. Todo esto se ha creado en cierta medida, aunque quizás no hayamos conseguido formalizarlo, y con el apoyo de un equipo modesto intentamos ir haciendo cosas. Es una etapa que yo valoro como muy estimulante, y que ahora se ha visto truncada tanto por la situación de la universidad catalana como por la de los organismos internacionales de cooperación. En el fondo siempre es lo mismo: crear una comunidad de conocimiento. Aquello que en su día no pudo hacerse desde el CERC, ni desde Interarts... hemos hecho algunos trabajos académicos, algunas colaboraciones, pero está claro que llega un punto en el que hay que constatar que nadie está dispuesto a invertir en conocimiento relacionado con cultura y desarrollo. Sin embargo, estoy satisfecho. Aunque no tenga claro si la universidad querrá continuar. Porque en políticas culturales está muy bien que haya un sector académico, más orientado a los estudios y la investigación aplicada, junto a un sector profesional. La cátedra ha conseguido ser un punto de referencia. Y si tuviéramos más recursos aumentaría nuestra posición. Pero no es el caso. Tampoco se trata de convertirse en una consultoría. Por lo tanto ahora va a mantenerse con un perfil más bajo, a la espera de tiempos mejores.

«MESTRE» ALFONS

Cambiando de tercio, me gustaría que de forma breve valoraras cuatro dimensiones que en tu larga y fértil vida profesional han tenido una presencia constante, intentando apuntar perspectivas y retos de futuro. La primera de ellas es el binomio cultura y educación.

Creo que, a pesar de todas las miopías, el binomio cultura y educación está más vivo y es más actual y necesario que nunca. Está clarísimo que los sistemas educativos formales tienen sus propios límites. La gran miopía de las políticas educativas y culturales ha sido no haber apostado más por este binomio, por la educación cultural. Creo que a la larga el futuro de la lógica de la política pública en cultura será lo cultural y lo comunitario. Y aquí los gestores culturales y los proyectos a realizar en este campo tienen que actualizarse, porque no pueden seguir siendo los proyectos que se están llevando a cabo ahora mismo. Tenemos que volver a la comunidad, tenemos que volver a la educación y pensar que mucha gente, a través de la educación cultural, encontrará su sentimiento de pertenencia a la comunidad. Es algo fundamental. Las políticas culturales que se están planteando son del siglo XIX y tienen poco sentido. Habría que reformularlas.

Segundo tema prospectivo, la formación de profesionales del sector cultural...

Creo que la formación, entendida simplemente como acreditación, quedará en manos de las instituciones autorizadas para ello. Pero si la entendemos como el mantenimiento constante de las capacidades, la formación ha de ser algo constante. Los gestores culturales no sólo tienen que cursar másteres, deben formarse y actualizar sus conocimientos: pensar, reflexionar, investigar sobre su propia acción... La formación a lo largo de la vida de los gestores culturales es algo fundamental. Creo que los gestores culturales necesitan formarse para hacer frente a los nuevos escenarios. Esta formación yo no sé quien la impartirá, quizás sean espacios de autoformación, o de formación activa, participada, pero lo que está claro es que el gestor cultural no se forma al sacarse un título. Las cosas cambian rápidamente y existe una necesidad enorme. Los profesionales echan en falta convocatorias menos académicas en España, como lo que fue Interacció en su día. Las lógicas académicas, de mercado y de dinámica social deben coexistir. La lógica social tiene que ver con los intereses de la sociedad en formación, en temas que no son de mercado, como por ejemplo todo lo comunitario, movimientos sociales y culturales, cómo trabajar con la juventud... La gente no sabe de estas cosas. La actualización de capacidades es una necesidad del sector de tipo permanente. La acreditación universitaria ya se ha consolidado mejor o peor. Puede ser más o menos activa, como sucede con las escuelas de negocios: cuanta más diversidad, mejor, porque así podremos elegir discursos distintos, formaciones muy economicistas, muy legalistas o muy políticas.

Tercer entorno prospectivo: cultura y desarrollo...

«Yo hablaría de cultura y desarrollos, en plural, porque existen muchos desarrollos. Una cosa es el desarrollo de la cultura, otra el desarrollo económico... Creo que se trata del gran reto. Hasta ahora la cuestión era situar la relación entre cultura y desarrollo en la agenda política, y aunque no se cite en los Objetivos de Desarrollo del Milenio del 2000, me parece que es algo que se ha conseguido. El debate que ha habido ha sido mil veces superior al que hubo en el año 2000. Grandes organizaciones globales en cultura –IFACCA, CGLU, Cultura Action Europe, UNESCO– han sumado esfuerzos en este sentido. Hemos avanzado muchísimo, el tema está en la agenda, y ahora lo que necesitamos es una mayor perspectiva estratégica. Es decir, no tanto discutir el qué, sino el cómo. Y sobre todo, aprender de lo que ya se viene haciendo, porque en cultura y desarrollo se están haciendo cosas muy positivas. ¿Quién podía pensar en el año 2004, cuando yo comencé a hacer política sobre este tema, que la relación entre cultura y desarrollo se debatiría en la Asamblea General de las Naciones Unidas? El mes de junio del año 2013 fui invitado por el Presidente de la Asamblea General y tuve ocasión de estar en las Naciones Unidas por deferencia de UNESCO exponiendo mi visión sobre el tema, lo que me hizo sentir muy gratificado. Cuando en el año 2004 propuse en la AECID que había que hacer una estrategia de cultura y desarrollo el escepticismo era generalizado, y ahora se discute el tema en las Naciones Unidas. Ahora, insisto, debemos pasar del qué al cómo y empezar a poner en valor lo que se viene haciendo. Es mi idea de poner en valor la práctica. La Agenda 21 de la Cultura, por ejemplo, ha abierto en su web una especie de banco de buenas prácticas con iniciativas de todo el mundo que está muy bien. No es necesario inventar nada, sino conocer lo que se hace, ponerlo en valor y comparar. Y comparar quiere decir transferir iniciativas. O como dice Edgar Morin, contextualizar lo que hacen otros en nuestro propio entorno. Aquí hay mucho por hacer, pero creo que estamos en el buen camino porque hay conciencia, hay discurso. Mi única prevención es que el discurso se mantenga en la retórica que ya está superada. Incluso diría que las políticas de desarrollo clásicas están ya superadas, porque las resoluciones de las Naciones Unidas son determinantes. Por lo tanto, el mandato político ya está ahí. Ahora es el momento de las políticas activas. Insisto en el hecho de que hablar de cultura y desarrollo es hablar de desarrollos, y que no sólo se trata de situarnos en la lucha contra la pobreza sino también de abordar el desarrollo cultural y el desarrollo cultural territorial, que es algo que está en nuestros orígenes. Y el tema de la cultura y el desarrollo local, porque el verdadero desarrollo o es local o no es desarrollo.

Mi última solicitud prospectiva tiene que ver con la cooperación cultural...

Hay que volver a recuperar el discurso de la cooperación cultural, tanto a nivel territorial como a nivel internacional, con toda su plenitud de sentidos. Hay que refundar la cooperación cultural. Hoy en día las vidas monoculturales ya no existen. Una ciudad tiene una vida pluricultural, y la cooperación entre culturas se da en la vida diaria. La realidad ha acabado superando la teoría. Cooperación hoy ya no es promover un intercambio entre Barcelona y

Túnez, por ejemplo. Ahora las culturas se relacionan de muchas maneras distintas. Considero que uno de los grandes errores de la política exterior española, pero también del gobierno de Cataluña, es pensar exclusivamente en el concepto de marca. Hoy en día casi nadie trabaja desde el concepto de marca, eso es algo de los años cincuenta del pasado siglo. Un concepto de marca, además, vinculado a las empresas, cuando las empresas son cada vez más globales y dentro de nada la gente boicoteará a las empresas. Es un concepto de estado-nación trasnochado. Creo que habría que dar un nuevo sentido a la cooperación cultural entendida como el esfuerzo para entender al «otro».

Ya en la recta final de este diálogo, Alfons, me viene a la cabeza una frase tuya de corte lapidario que pronunciaste hace ya bastantes años: «La universidad es una institución depredadora de los saberes profesionales». ¿Acaso sigues pensando lo mismo?

Sí, sin duda. La universidad es depredadora cuando se apropia de dichos saberes. Cuando los asume y devuelve a la comunidad, reformulados, reconceptualizados, no lo es. Es algo que depende en gran medida de la forma. Captar un conocimiento de una práctica profesional y patentarlo como propio es una depredación. No siempre la universidad es depredadora, pero el riesgo de que en muchos casos lo acabe siendo existe.

Joaquim Franch, Eduard Delgado, tú mismo... habéis sido más una generación de predicadores que de escribanos...

Esto es algo que tiene mucho que ver con lo anterior, cuando yo acusé a la universidad de depredadora es porque en la universidad nos reuníamos un grupo de profesionales, los universitarios nos escuchaban en el marco de unas jornadas y, como tenían tiempo, se encerraban durante tres meses y salían con un libro, de animación sociocultural, pongamos por caso, cuando nunca habían trabajado en ello. Hay una gran cantidad de libros sobre animación sociocultural escritos por universitarios, incluso existe una epistemología de la animación, algo que es un despropósito, que han sido redactados tras escuchar a los profesionales del sector. En gestión cultural no ha sucedido tanto, porque la gestión no cayó en la tentación de querer hacer un discurso, pero en animación sociocultural está clarísimo. Mucha gente quiso apropiarse de una práctica, convirtiéndola en teoría.

Si tuviera que escoger entre haber escrito más y haber hecho más cosas, seguiría decantándome por la acción. Si me hubiera quedado para siempre en el Ayuntamiento de Girona, ahora podría hacer diez libros sobre gestión cultural municipal. Ir a la universidad fue volver a empezar. Y lo mismo sucedió cuando me trasladé a Madrid. En términos de energía, supone un gran esfuerzo. Como generación, nuestra opción fue reflexionar desde y en la práctica, y vuelvo a nuestros orígenes vinculados a un cierto anarquismo. Somos más teóricos de la reflexión práctica que de la reflexión académica, con todos mis respetos por ella. A lo mejor es necesario escribir más, quizás lo hubiéramos podido hacer si hubiéramos vivido en un país normalizado... Por ejemplo, si en los últimos años en la universidad hubiera tenido una finan-

ciación adecuada, hubiera escrito más. Si Interarts hubiera contado con la financiación adecuada, o si el CERC se hubiera convertido en el gran centro de estudios y prospectiva de las políticas culturales en Cataluña, hubiéramos escrito muchos libros. Hubiéramos escrito o hubiéramos encargado que se escribieran. En la AECID, sólo en 4 años, en la colección de libros rojos sobre cultura y desarrollo llegamos a publicar 10 títulos. Si hubiéramos tenido recursos, el resultado hubiera sido otro. Pero hay que tener en cuenta que la sociedad nos pedía otras cosas. Y para escribir se precisa mucha tranquilidad.

Alfons, este 1º de septiembre será tu primer retorno de vacaciones con una agenda en blanco. A partir de ahora tu tiempo es tuyo. Durante la conversación has hablado *off the record* de un posible libro sobre los cómo de la cultura y el desarrollo, de tu voluntad de organizar un seminario para repensar la cooperación cultural iberoamericana... ¿Cuáles son tus planes, proyectos e iniciativas para esta nueva etapa?

No sé muy bien qué es lo que voy a hacer. No sé si quiero dedicarme a escribir... No me apetece ser uno de esos jubilados que descubren la revolución (¿yayoflautas?). Tengo ganas de contribuir fuera de contexto con aportaciones ligeras, es decir sinceras, sin demasiado rigor académico ni ganas de sentar cátedra... Cosas útiles. Quiero dedicarme a mi blog, Confluencia [<http://www.alfonsmartinell.com>]. Tengo una cosa entre manos, y es que este año me gustaría acabar de escribir un libro con el título de *El enfoque cultural para el desarrollo*, algo que tengo ya bastante avanzado. Por otra parte, durante estos últimos años me he sentido bastante superado por la situación política. No se puede trabajar desde el resentimiento y se precisa distancia. Pero creo que estamos entrando en una nueva etapa, que hay gente nueva que está comenzando a hacer política y hay que hacer circular ideas, esto es algo que tengo bastante claro. Por ejemplo: reconstruir el discurso de la cooperación cultural internacional. Además, tengo que dirigir cuatro o cinco tesis...

Mientras hacemos votos por una jubilación placentera y provechosa, a micrófono cerrado se me ocurre preguntarle una probable estupidez: «Alfons, ¿qué es lo que querías ser de pequeño?».

Alfons me responde que nunca tuvo una idea clara, y digo yo que probablemente fue así porque de pequeño, con 17 años apenas, ya fue maestro, así, con minúsculas. Un maestro que nunca jamás dejó de serlo para quienes le rodeamos y que en su larga trayectoria acabó convirtiéndose en un mayúsculo e indiscutible Maestro.